

## **ARTIMAÑAS CONTRA EL PUEBLO LECTOR EN AMÉRICA LATINA: EL DECLIVE DEL PENSAMIENTO CRÍTICO Y LA EDUCACIÓN COMO ESPACIO DE RESISTENCIA CULTURAL**

Por: **Fernando Cruz Kronfly**  
**Profesor Titular de la Universidad del Valle**  
**Doctor Honoris Causa en Literatura, novelista, ensayista.**  
**Facultad de Ciencias de la Administración**  
**Grupo de Investigación: Nuevo Pensamiento Administrativo**

Algunos autores, entre quienes en principio se puede mencionar a George Steiner (En el Castillo de Barbazul, 1.977) y Alain Finkielkraut (La Derrota del Pensamiento, 1.987), han venido señalando con autoridad durante las tres últimas décadas, que la cultura contemporánea, inerte ante el predominio aplastante de la imagen sobre el texto escrito, y afectada además por la banalidad, la levedad y la superficialidad “light”, ha roto no sólo con la cultura letrada, heredera directa de la Ilustración y de la Enciclopedia, sino, lo que es aun más grave, ha resuelto partir cobijas, también, con el **pensamiento mismo**. Si esto es así, como parece, sólo sería cierto si pensamos el asunto como un proceso de desvalorización gradual y tendencial del prestigio reconocido en la modernidad a la tradición letrada entre las masas o como una retirada gota a gota del pensamiento crítico en la cultura, donde antes ambos dominaban con legitimidad como parte del proyecto Ilustrado del pueblo y de la humanidad, en su lucha por salir de las “sombras” de la ignorancia para instalarse en la “Luz” de la razón.

La metáfora de la “Luz” de la razón enfrentada a las “Sombras” del pasado es, para la modernidad de fines del Siglo XVIII y la totalidad del XIX, mucho más que una simple figura literaria o un vacío tropo. Ciertamente, el paso de las “sombras” precedentes en la historia a la “Luz de la razón”, fue el más digno proyecto cultural de la humanidad en términos no sólo figurados sino reales. El Estado como institución de poder político y los sujetos individualmente considerados, se comprometieron en la tarea real de alfabetizar, fundar universidades, prohijar la ciencia, la filosofía y las letras y patrocinar el ingreso de todos por igual a ese mundo maravilloso de la cultura letrada y la razón pensante y lúcida. El escenario natural donde se debió cumplir este proceso fue la educación, sobre todo laica.

Sin embargo, este proyecto real, generoso y espléndido de la modernidad entró en declive al terminar la primera mitad del siglo XX. De este modo, al dejar de ser un proyecto prioritario para la humanidad, lo que hoy resta de pensamiento crítico en la cultura contemporánea podría haber quedado enclaustrado, resistiendo en las universidades librepensadoras, en condiciones de cierto aislamiento respecto de la base social. Y la cultura letrada podría estar atrincherada en reducidos sectores cultos ligados a las buenas librerías y a las prácticas académicas ilustradas, cada vez más en retirada o embolsadas en rituales dignos de círculos para iniciados. Lo que hoy se conoce como “sociedad del conocimiento”, no se parece ni de lejos al proyecto ilustrado ni a los sujetos modernos que lo prohicieron. Cuando se habla de “sociedad del conocimiento” en la era post-industrial, de lo que se está hablando es de la

simple información que **satura** al sujeto (Kenneth J. Gergen: El yo saturado, 1.992), así como del conocimiento absolutamente instrumentalizado, funcional y acrítico, puesto al servicio ciego de la Racionalidad Productiva Instrumental y nada más.

Lo significativo de este proceso cultural que acompaña el Fin de la modernidad (Gianni Vattimo: El fin de la modernidad, 1.986), según ciertas señales evidentes, no es tanto el registro escueto de los hechos ni la puesta en evidencia de sus indicadores empíricos, en términos de cultura “post-moderna”. Lo que preocupa, en realidad, son sus aterradoras consecuencias sociales. Es decir, aquello que implica para una cultura **de masas mediática**, como la contemporánea, su desconexión con la tradición letrada y su desprecio evidente por el pensamiento crítico. Dicho de otro modo, la pregunta que podría levantarse en medio de este mar de banalidad “massmediática” que tanto alegra y entretiene a la farándula es, al menos, la siguiente: ¿Qué sucede de positivo o de negativo a una cultura, entendida como cosmovisión y conciencia de una época, cuando rompe con la tradición letrada y la relega al pasado inútil, de todo lo cual ya nadie quiere saber nada?

En términos reales, la cultura de nuestro tiempo no tiene absolutamente nada de cosmovisión ni de conciencia lúcida del tiempo y de la época. ¿Qué sucede a una sociedad cuando considera, además, que el pensamiento como actividad mental crítica y enriquecedora de la Razón, debe **delegarse por completo** a los especialistas, refugiados en los espacios de la sociedad donde se supone que se piensa? Y, todo esto, porque la mayoría de la población juzga que el pensamiento aburre como práctica cotidiana -que piensen otros por mí-, dominada ahora por cierta especie de “nadaísmo” inculto, vacío de ideas pero lleno de sabroso aburrimiento, así como por alguna suerte de hedonismo que huye hasta de sus mismas fuentes, es decir de los hedonistas griegos y sus **principios filosóficos**. Tanto más de los fundamentos filosóficos del nihilismo que algunos dicen practicar, a ciegas de la historia de las ideas y sin saber por qué, pues no conocen que Federico Nietzsche existió y legó para la humanidad culta un crítico punto de vista que hasta hoy conmueve los pilares de la interpretación. En medio de esta ceguera por desconexión con la tradición letrada, la mayoría ignora de plano quiénes fueron aquellos “ancianos pasados de moda”, para preferir en su lugar la contemporaneidad “desconectada” y vacía de sus orígenes, tal como se estila en el momento. Ya nadie quiere pensarse como un heredero de la tradición: “reducido a lo que es, el ser humano pierde la posibilidad de existir humanamente sobre la tierra, así como las cualidades que permiten a los otros tratarle como su semejante” (Alain Finkielkraut: La Ingratitud, 2.001)

Una de las manifestaciones más fuertes de la derrota del pensamiento entre nosotros, tanto como de la ruptura con la cultura letrada, es la resurrección de los misticismos neo-conservadores en el mundo presente, así como del neo-fascismo social. En medio de una “contemporaneidad” que despista por su refrescante enganche con la actualidad inmediata desnuda y por su desconexión con la tradición humanista, masas enteras de adultos y jóvenes se pliegan ahora no sólo a la banalidad de sus vidas, sino ante creencias y prácticas consoladoras cristianas y orientales de todo orden. Habida cuenta de la crisis del sentido y el desamor contemporáneo, muchos desean retomar el rumbo de sus vidas por la cola de la historia, como si el racionalismo moderno y la razón analítica no hubieran existido jamás. Los ángeles han vuelto a descender del cielo y a poblar los sombreados recintos de las casas y lo que se publica y se lee es, ante todo, basura esotérica y literatura de “auto-ayuda”. En este contexto, el proyecto ilustrado humanista se hunde. Pocos adultos cuarentones y jóvenes despistados arriesgan ahora salirse del consuelo neo-místico o de su comodidad sin esfuerzo

para instalarse en el terreno del pensamiento crítico e incursionar, de la mano de la razón lúcida, en espacios que la cultura letrada e ilustrada del inmediato pasado ya aclaró, pero que cada que nace un ser humano se vuelve a confundir y a oscurecer. Por lo que cada que viene al mundo un niño, se impone de nuevo la tarea de la auto-conciencia como una permanente tarea educativa de construcción individual. En efecto, siempre la claridad mental y el riesgo del pensamiento fueron empresas individuales, por más que la cultura como cuerpo objetivo brindara a la mano de todos sus recursos. La cultura letrada y el pensamiento crítico están ahí todavía, a disposición de todos por igual, pero casi nadie se encuentra interesado ahora en arriesgar por sí mismo, por fuera de la manada “massmediática” y neo-mística actuales.

El conocimiento y la lucidez son acontecimientos y estados del espíritu que ocurren en el “interior” de cada sujeto, como una especial vivencia transformadora, cuando el sujeto los busca con afán y se compromete con ellos, a partir de los recursos que a éste le son ofrecidos por los marcos referenciales ineludibles de su tiempo (Charles Taylor, Fuentes del yo, 1996). Es cierto que la cultura explicativa del mundo, por medio de la filosofía, la ciencia y la literatura, está ya dada y objetivada para uso de los sujetos individuales, en la espiritualidad material de una época, fuente donde pueden ir a beber los seres humanos que arriesgan y que consideran un valor agregado para la dignidad de sus vidas, entrar en contacto con dicha espiritualidad y poder interiorizar, por medio de la educación, partes significativas de aquel depósito que es la tradición espiritual, según el menú de su predilección. En esto consiste no solo el peso específico sino el valor perturbador de la tradición. Dicha espiritualidad objetivada, en términos de cultura material y riqueza de la tradición (Nicolai Hartmann: La Nueva Ontología, 1.954), existe a disposición de quienes quieran entrar en contacto con ella, en las bibliotecas y librerías selectas o especializadas. Pero lo que se observa ahora es que, salvo en los casos de cierta obligatoriedad escolar, el contacto con dicha espiritualidad cultural interesa a los jóvenes y adultos medios cada vez menos. Se trata de jóvenes y adultos, naturales y desenvueltos, cuyo único contacto con la tradición letrada es su idea preconcebida de que es aburrida, que no vale la pena y, lo que es peor, que no sirve de nada. El **medidor funcionalista** de la cultura y del pensamiento, artimaña utilizada como casi único criterio de valor, es lo peor que le puede suceder a una cultura y se erige como la línea de demarcación más nítida entre la cultura letrada y el pensamiento crítico, por una parte, y la cultura contemporánea desconectada, de otra parte, puesta al servicio del pasatiempo banal y, simultáneamente, en función de la Racionalidad Instrumental, refractaria a todo aquello que no sea **útil** desde el punto de vista profesional y productivo.

La “derrota del pensamiento” en nuestro tiempo y la ruptura con la tradición letrada de que estamos hablando no son fáciles de describir. Menos fácil es aún, medir sus efectos en la mentalidad de los jóvenes y los adultos iletrados cuando le vuelven la espalda a los puentes culturales de la modernidad en términos del reconocimiento de **los “otros” seres humanos** como iguales en derechos. Me refiero a las consecuencias concretas de esta crisis a mediano y largo plazo en el tejido social, en lo que corresponde a la orientación política de los países, los modelos de desarrollo, sus rumbos en términos de política social y económica e incluso, a la desaparición de la resistencia y el declive de la crítica contra la injusticia, la des-ideologización y des-politización de la juventud, el resurgimiento de los neo-fascismos y la insensibilidad que afecta hoy en día la mirada sobre los demás y la despreocupación por el destino y la desgracia de los pueblos, en medio del empobrecimiento generalizado y el aplastamiento de ciertos sectores marginales de la sociedad, no sólo en los países del SUR

sino incluso en los países centrales ubicados en el NORTE. La insensibilidad pragmática carente de principios solidarios es ahora la ley. La “competitividad” del capital, catecismo de los empresarios y “razón de ser” central y última de nuestro tiempo, no gobernado por intelectuales sino por hombres de empresa expertos en sus propios negocios y nada más, se basa en una regla de oro de estirpe neo-darwiniana, a saber: se debe producir al menor costo laboral, donde la mano de obra sea la más barata que exista sobre la tierra, y que los hombres del trabajo de los propios países se las arreglen como puedan, porque una cosa es la caridad y muy otra los negocios, así piensan. Al fin y al cabo aquellos desempleados forman parte de los sobrantes humanos que el capital no necesita por costosos, puesto que ya no hay empleo para todos y la sobre-oferta de mano de obra gobierna como una ley de hierro el mercado del trabajo. Y que nadie diga nada en contra de semejante despropósito, porque ya no tiene sentido histórico la protesta ni interesa a nadie. ¿No es esto, acaso, lo que está sucediendo, como una gran artimaña que inhibe la protesta y anestesia la voluntad? Además, el capital ahora carece de patria y de bandera porque el mercado ya no tiene fronteras y se encuentra en fiesta global. El capital migra electrónicamente, como una loca interesada que no tiene casa y que se instala sin piedad en un abrir y cerrar de ojos allí donde el precio de la mano de obra esté más deteriorado, para en seguida empezar a enviar sus productos al mercado global, envueltos en el sudor y en la sangre de los nuevos esclavos de nuestro tiempo, de cuya suerte todos quieren estar desentendidos. Preocuparse por el destino de los seres humanos en el mundo del trabajo está pasado de moda. Nadie se pregunta si hay algo de indebido o de inmoral en todo esto, pues la moral misma en términos de **deberes y compromisos de principio** se encuentra afectada (Gilles Lipovetsky: El crepúsculo del deber, 1.994). La convicción que los hombres de negocios defienden, es que las “oportunidades” hay que aprovecharlas en medio de la guerra competitiva, aunque tales oportunidades consistan en aplastar y destruir vidas enteras. Nada de lo cual entraña culpa alguna, pues el mundo de ahora está lleno de “vidas sobrantes” consideradas inservibles y es necesario que quienes tienen la fortuna de engancharse en la rueda del trabajo, se muestren agradecidos a pesar de su jornada de hasta doce y más horas diarias de labor, pagadas a 35 centavos de dólar y hasta menos, cada una de esas horas de nueva esclavitud. Las garantías legales y prestacionales, que ampararon en otro tiempo la fuerza de trabajo, se derrumban como castillos de naipes, y a esta desgracia de la humanidad laboriosa se la denomina “flexibilización” del contrato de trabajo y modernización del vínculo laboral. De este modo se enfrenta ahora la competencia global, muy pocos levantan su voz y quienes lo hacen parecen profetas desprestigiados que hablan en una lengua extraña para la cual nadie quiere tener oídos.

Esta especie de “darwinismo” social de nuevo cuño, disfrazado de modernidad para no dejar ver su lado neo-esclavista inhumano; esta crueldad sin principios, nada de todo esto es ajeno en sus causas a una cultura que ha roto sus vínculos con la tradición letrada y con el pensamiento crítico moderno, de inspiración humanista. Por el contrario, son su rigurosa derivación y consecuencia. No es el momento para entrar en disputas sobre el humanismo y sus justos críticos, sino para valorarlo como un **deber ser normativo** que algún día se propuso abogar por la condición de humanidad de todos los seres humanos por igual. Tanto el “darwinismo” social como la crueldad sin principios desvalorizan, hasta ridiculizarlas por idealistas y fuera de época, aquellas consideraciones éticas relacionadas con el reconocimiento moderno de la **dignidad** de todos los seres humanos, consideraciones filosóficas que en las prácticas reales del trabajo han pasado hoy a convertirse en un estorbo. En la medida en que la **humanización** de las prácticas reales y las relaciones sociales es una construcción cultural ligada a la modernidad, impuesta a la naturaleza

primaria de los seres humanos como una especie de segunda naturaleza, en esa misma medida el borrón histórico de dicha cultura amenaza con regresar las cosas a su estado de crueldad y de insensibilidad anteriores. ¡Y, que viva la competitividad! Desde este punto de vista, podría concluirse que el modo de ser del mundo contemporáneo y sus prácticas efectivas concomitantes de regreso neo-esclavista, sean una de las derivaciones principales de esta ruptura con la cultura letrada y con el pensamiento crítico, relación causal hasta ahora relativamente invisible en los estudios al respecto. Pues, nos preguntamos: ¿de dónde diablos ha salido esta indolencia ideológica, filosófica y jurídico-política, así como esta ausencia de solidaridad actuales por el otro, en contra de principios que cultivaron positivamente tanto el mundo cristiano, a su modo, como la modernidad “fraternal” ilustrada? ¿De dónde ha brotado este mundo absolutamente insolidario y a-fraternal, gobernado tan sólo por la Razón Subjetiva (Max Horkheimer, Crítica de la razón instrumental, 2004) en cuanto racionalidad dominante en la sociedad y en el reino del trabajo? ¿Por qué razón ahora los pobres, en vez de despertar la solidaridad y el compromiso político por su suerte, despiertan más bien repugnancia y rechazo incluso visual, como si se tratara de desperdicios y de estorbos que ensucian el paisaje urbano y rural y estropean el disfrute liviano de la vida? ¿Han visto ustedes acaso a un indigente infiltrado en un centro comercial, donde la vida debe disfrutarse por los mismos de siempre a puerta cerrada?

Una cultura que ha roto con la tradición letrada, con la lectura culta y con el pensamiento crítico, pierde muy pronto todo sentido de solidaridad y de fraternidad respecto del **otro**. Y la in-humanidad de las prácticas termina por instalarse lentamente en todo el tejido social. Quizás por esta razón, la cultura del capital en competencia desenfrenada pudiera considerarse ahora bastante más **a-fraternal** (Jürgen Habermas: Teoría de la Acción Comunicativa, 1.989) de lo que pudo haber sido en décadas inmediatamente pasadas. La igualdad humana fue un espléndido sueño moderno de parciales aunque progresivas e innegables realizaciones, pero ahora se ha convertido en una pesadilla. Fue un sueño obsesivo y maravilloso que guió el ascenso social de los pobres y de las capas medias hasta colocarlos en el lugar del reconocimiento. Sin embargo, de sueño maravilloso y revolucionario en la modernidad ha pasado en nuestro tiempo a ser un estorbo para los nuevos y más agudos procesos de acumulación. Para conformar una oferta de mano de obra más barata, el proceso de acumulación originaria de Capital se ingenió en Inglaterra y en sus colonias la expulsión de los hombres del campo de la posesión de sus tierras. Despojados de sus lugares naturales, aquellos hombres desposeídos se volvieron obreros a sueldo. El tiempo ha pasado y hoy el mercado de la fuerza laboral se encuentra inundado de seres humanos no sólo disponibles para lo que sea sino **prescindibles**, cuya lucha ya no consiste en no ser explotados sino en que por favor los exploten y los tengan en cuenta (Vivian Forrester: El horror económico, 2.000) La ética basada en los derechos humanos de orden social se transforma en inconveniente y en fuente de responsabilidades y culpas de las que ya no se quiere saber nada. Las constituciones políticas todavía hablan de la igualdad humana, tanto como de la dignidad, y defienden estos valores como principios centrales de otro tiempo, pero en la realidad de ciertas prácticas sociales y empresariales la idea de la igualdad y de la dignidad humanas está francamente en retirada. Todos “saben” que los seres humanos son iguales ante la ley y nadie se atreve a discutirlo abiertamente, pero a la hora de los hechos y de las realidades pocos obran de conformidad cuando se trata de regiones del planeta donde los derechos humanos en el trabajo son tan inusuales como podría serlo una planta exótica en los floreros de los países centrales. De este modo, la responsabilidad moral y jurídica se oculta y desvanece en la sub-contratación, la maquila y el trabajo febril por cuenta ajena. La dignidad humana, la igualdad y la libertad se reconocen en

los países centrales todavía, como parte de la herencia moderna, pero se niegan en los países periféricos donde se tienen instalados los negocios. Sin embargo, ya Francia ha empezado a deteriorar y abaratar en sus condiciones los contratos de trabajo de los jóvenes. Para ser competitivo ahora, hay que atacar a fondo la igualdad de los hombres y mujeres del trabajo y hay que saber ser cruel sin arrepentimientos, que se consideran por fuera de la moda. “No es asunto personal, es sólo cuestión de negocios”: he ahí la disculpa cínica. Si en Malasia y en la India la remuneración laboral está por el suelo y si la China crece en medio de salarios “atractivos”, absolutamente “competitivos” en comparación con el valor de los salarios en los países desarrollados e incluso en otras áreas del tercer mundo, una de dos: o hay que correr a instalar los negocios en aquellos países donde las condiciones son tan “favorables” o, lo que podría ser más fácil, hay que bajar hasta el límite los sueldos locales, mediante reformas legislativas que se auto-denominan “modernas” y que invocan a gritos el “realismo” flexible.

Esta ferocidad y esta crueldad implícitas en la racionalidad instrumental contemporánea, ligadas al cinismo social que ha dejado a un lado los principios inherentes al proyecto cultural de la modernidad, con el que ha roto, son derivaciones directas de la derrota del pensamiento crítico mediante artimañas en su contra e hijas aún no reconocidas de la desconexión con la cultura letrada y su tradición humanista en favor del reconocimiento del **otro** como un igual. En efecto, la derrota del pensamiento crítico y de la cultura letrada no se producen en vano ni por cualquier causa. Y no es que en las épocas de la acumulación originaria de capital no haya habido crueldad extrema. La hubo demasiada y siempre la habrá, mientras haya acumulación por fuera de un decálogo de derechos y deberes, de compromisos y principios humanistas. Pero esta crueldad y esta insolidaridad, propias de la condición humana inmersa en el mundo de los negocios y en el reino de las leyes de la acumulación, fueron combatidas y resistidas con la ayuda del pensamiento crítico, la fundamentación filosófica y ética y los desarrollos jurídico-políticos, alrededor de esa “cosa extraña” y estorbosa, para muchos ahora, que se llama la **dignidad humana**. Temas, valores, visiones del mundo y construcciones culturales de los cuales la cultura contemporánea se ha prácticamente desentendido.

La ausencia del pensamiento crítico y la ruptura y olvido de la tradición letrada, insistimos, derivan innegables consecuencias para el mundo actual, abandonado por completo a las leyes del mercado sin sentimientos ni pudores. La frase del día, para disculparse de la crueldad cuya culpa ya no se experimenta ni se asume, insisto, es la siguiente: “no se trata de nada personal contra usted, señor o señora, este es sólo un asunto de negocios y ya verá usted qué hace”. “Asunto de negocios”, es ahora la expresión que lo disculpa todo, que lo permite todo y de paso instala lo peor.

¿Dónde se encuentra el pensamiento crítico, entonces, que poco o nada se atreve a decir al respecto, porque no tiene espacio propicio de generación ni quiere ser escuchado? ¿Qué clase de **artimaña, de truculencia, de anestesia** históricas le fueron aplicadas a la sociedad, que ya no quiere saber nada de la crítica, salvo en círculos demasiado reducidos? El pensamiento crítico existe en minoría e incluso a duras penas resiste contra la corriente que aplasta, pero se encuentra casi por completo neutralizado respecto de sus posibles efectos e impactos sociales. Gracias a las artimañas de control informático, hoy en día la mayoría de las personas creen que lo que ocurrió en Irak fue una guerra y no un aplastamiento unilateral absolutamente inaceptable e injustificado, montado sobre supuestos mentirosos que el control sobre los medios masivos de comunicación convirtió muy pronto en

verdades. Algunos intelectuales y cierto pensamiento crítico han salido a la denuncia, pero lo que éstos dicen a gritos es aplastado mucho más por la banalidad y la insensibilidad que domina la época que por la misma manipulación informática, que actúa de un modo escandaloso. El aterrador “espectáculo” visual de la intervención militar en Irak, para muchos fascinante, es el valor supremo que se impone sobre cualquier intento de interpretación moral y se coloca a la altura de los mejores “efectos especiales” del cine y los video-juegos. No hay una nítida frontera entre lo uno y lo otro y el juicio ético sobre la destrucción real de un pueblo se neutraliza por su cercanía simbólica con la ficción. Las ideas de los intelectuales y los pensadores críticos sólo producen sus impactos en círculos independientes minoritarios, aislados y controlados por la misma banalidad “light” del entorno. En ciertos círculos de la “vieja” Europa operan reservas éticas todavía, habría que decirlo, cristalizadas en el espíritu objetivo de Occidente en sus mejores épocas, como consecuencia de una tradición social y cultural que la aplastante potencia norteamericana no posee ni entiende por no haberla vivido. La “vieja” Europa, culta y sufrida, tiene mucho que decir al mundo en este momento de horror cínico, pero una cosa es tener muchas cosas que decir y muy otra no tener casi sujetos a quién decírselo. Hablo de sujetos dispuestos a escuchar y actuar en consecuencia. Aun así, veamos lo que recientemente han escrito conjuntamente Jacques Derrida y Jürgen Habermas: “En Europa las diferencias de clase, que han tenido una larga repercusión, fueron experimentadas por los afectados como un destino que sólo la acción colectiva podía cambiar. Así, en el contexto del movimiento obrero y las tradiciones cristianas de pensamiento social se abrió paso un **ethos** solidario de la lucha por “más justicia social” que apunta hacia una redistribución igualitaria, en contra del **ethos** individualista de la justicia vinculada al rendimiento personal, un **ethos** dispuesto a pagar el precio de escandalosas desigualdades sociales” (Jacques Derrida y Jürgen Habermas: El Occidente escindido, 2.006). Palabras certeras que invitan a pensar. Sin embargo, sabemos que la cultura “massmediática”, mucho más como derivación de los tiempos contemporáneos que como causa en sí misma, mantiene estratégicamente el pensamiento crítico relegado a su lugar, que no sólo es secundario y marginal sino, lo que es aún peor, absolutamente inofensivo. Dicho lugar es la academia y ciertos círculos de intelectuales considerados anacrónicos, pues se estima por muchos que el pensamiento crítico es cada vez más estorbo, impertinente e inservible.

La modernidad en su conjunto tuvo dos claras dimensiones: el proyecto cultural letrado e ilustrado, de una parte, y la racionalidad productiva instrumental del capitalismo, de la otra parte. Durante un buen tiempo predominó el primero sobre el segundo, y todavía quedan vestigios de aquel predominio en la denominada “vieja” Europa y en la resistencia que se ejerce desde la educación humanista. Sin embargo, en la era histórica del Fin de la modernidad, la racionalidad productiva instrumental y el **mercado y sus leyes** han aplastado el proyecto cultural de la modernidad y se han sacudido de él y de su ética como un estorbo inconveniente. La cultura contemporánea, también denominada post-moderna, entendida como un modo de vivir livianamente y no pensar críticamente, ha venido a sustituir en su declive al proyecto cultural ilustrado de la modernidad, junto con su **ethos** en retirada. ¿Quién en la calle, incluso en los ámbitos universitarios y académicos normales o aquí mismo en ese recinto, salvo excepciones, conoce siquiera que Derrida y Habermas existen? ¿Quién sabe que ellos han pensado muy recientemente el papel civilizador de una Europa post-nacional en el Occidente escindido? Y, todo esto, a cuestas y a pesar de un mundo real a-fraternal e insolidario, que se sostiene a condición de sembrar la sospecha y de precipitar y prohijar el choque de las civilizaciones donde tal choque no existe, a lo Bush; un mundo dominado por las leyes del mercado global, circunstancia que amenaza como una

maquinaria aplastante el **ethos** colectivo de la “vieja” Europa y hasta sus mismas reservas culturales, cuya presencia en el mundo actual debe ser entendida mucho más como efecto de su capacidad de **resistencia** que como resultado de su, en otro tiempo, contagiosa fuerza expansiva.

Dentro de las actuales escalas de valor, el pensamiento crítico se considera dis-funcional y poco o nada útil en términos de la racionalidad instrumental dominante. En determinados casos se admira al intelectual, con cierta mezcla de compasión, pues en los ámbitos de la cultura dominante se lo juzga un fósil admirable que, sin embargo, ya no sirve para mucho y encima de todo aburre con sus cultas parrafadas. ¿No es acaso esta la representación que cualquier “famoso” de la farándula nacional e internacional tiene ahora de un intelectual culto? El poder político se acerca, también, a ciertos intelectuales en épocas electorales, en vulgar coqueteo, de la misma manera como se aproxima a las estrellas de la farándula, para aprovecharse electoralmente de lo poco que queda de su viejo prestigio y nada más. Hoy en día, algunas universidades y unidades académicas denominadas técnicas le huyen al intelectual y lo consideran arcaico, pues juzgan que lo importante para el joven que se educa no es la formación de su espíritu por medio del pensamiento crítico y la investigación, sino el “saber hacer” profesional y el manejo operativo de las técnicas.

No obstante el desconsolador paisaje anterior y a sabiendas de la dificultad, abogo públicamente por el retorno del ethos humanista de Occidente, con sus generosos principios y sus responsabilidades con la raza humana de todos los colores, edades y pobrezas, Abogo por el retorno de la sensibilidad que puede ver en el “otro” a un igual en derechos. Abogo por una educación puesta al servicio de la resistencia delante de la pérdida de lo mejor que Occidente le legó a la humanidad. Soy consciente de la inmensa dificultad que esto significa, que navego absolutamente contra la corriente, que me sé aplastado por el inmenso peso de la banalidad y la insensibilidad contemporáneas, pero les aseguro que moriré en la resistencia, junto a muchos de ustedes que comparten conmigo estas palabras.